

MÁSCARA

Puedo escuchar al gentío al otro lado de la scaena, e imaginar los rostros que me mirarán en unos segundos. No me incomoda que lo hagan, no descubrirán nada, puesto lo que verdaderamente me importa, no lo podrán percibir, escondido como está tras mi pecho.

Cuando me ofrecí a representar el papel femenino de la obra, todos concordaron en que mi cuerpo delgado y fibroso era idóneo para ello: leve ilusión en mi pecho. El resto no se presentó voluntario, sé que imaginaban que su viril dignitas quedaría dañada, lo que sería nefasto para sus conquistas amorosas. En cambio, esa dista mucho de ser mi preocupación, únicamente quiero ser tal y como me siento por dentro, tan solo por un instante, aunque todo sea una farsa y se diluya en cuanto cesen los aplausos.

Mientras me preparo, me alzo sobre las crepidas, me protejo con mi máscara e inexplicablemente, me invade una energía desconocida. He dejado atrás ese nombre que no me representa y del que tanto abjuro, ahora soy Aracne.

Y en el escenario resucito, resucito como tantas veces lo he soñado, con esta espléndida toga con la que camino con elegancia. Casi puedo sentir el leve peso de los imaginarios cabellos ensortijados sobre mi espalda. Paso mis dedos por el mítico telar con presteza y los hago efectuar una danza sofisticada con una ilusión más propia de la infancia. Me adueño de esta seguridad que tiene la hilandera, su altanería ante lo que la desagrada y ante los límites impuestos se transforma en la mía. De repente mi alma se renueva, la confianza de Aracne es la que necesito para enfrentar mi vida. Contengo una alegre risa que pugna por salir de mi garganta.

La trama, pese a todo, no me deja espacio para lo comfortable, pues pronto aparece Atenea. Encolerizada por mi engreimiento y ofuscada al apreciar mi habilidad, corta toda posibilidad de paz entre ambas y me torna araña. Finjo desvanecerme, y hasta en eso la mujer es más grácil.

La cávea se estremece y cierra los ojos con horror. Noto el fluir de una lágrima por mi mejilla, que solamente es ocultada por esta fiel máscara, ya que al fin comprendo que me he dejado llevar por la estupidez: siempre seré aquello que repugna a la sociedad, tengo el destino de permanecer en mi podrida red de la esquina más alta, inaccesible

MÁSCARA

para evitar que sus pies pisoteen todas mis patas, esas de las que tanto temen su expansión. Es el dictamen de los dioses, y contra ello y su creada naturaleza, no hay nada que me reste hacer.

Atenea nunca había sido objeto de mi devoción. La lágrima se seca y aunque invisible, la percibo como una señal de esta debilidad y afectación que nunca me han estado reservadas.

La compañía de teatro ha organizado una frugal cena, pero carezco del temple necesario para soportarlo, así que me retiro velozmente antes de que los actores se percaten y guardo sobre mi rostro la máscara. Ahora que ya no hay ningún alma en este theatrum, puedo volver al escenario, donde a nadie se le ocurrirá buscarme. He llevado conmigo una lucerna para alumbrar el camino, y la acerco a la máscara. La mujer que representa es bella, su palidez resalta unos pocos cabellos negros que han sido dibujados en su frente, sinuosos como un arroyo. Paso el dedo lentamente por sus finos labios y luego por los míos, duros y resecos. Se diría que los suyos son los verdaderos, mientras que siento los míos insultantemente falsos. Ni siquiera puedo estar seguro de si a esa Aracne que tanto ha representado para mí le agradaría la idea de que un servus como yo sueñe con ser "ella". ¿Qué diría mi dominus? ¿Qué diría nadie?

Trato de evadir la desolación deleitándome con la perfección de esta máscara idealizada, de este sueño que solo podrá ser un sueño. Aproximo más la lucerna a la máscara, pero me he descuidado, la llama (como yo) también se ha prendado de ella y le da un flamígero beso.

Mi sueño empieza a arder.

Sollozo.